

Miguel de Cervantes y la primera edición de *El ingenioso Hidalgo de la Mancha*

ÓSCAR MATA

En enero de 1605, cuando apareció la primera edición de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Miguel de Cervantes Saavedra era un venerable anciano que frisaba los 58 años, una edad que pocos alcanzaban en esa época, en la que la expectativa de vida no rebasaba los 35 años. La suya había sido una existencia con más frustraciones y sinsabores que aciertos. “Sé que es alguien más versado en desdichas que en versos”,¹ dice el cura cuando aparece un ejemplar de *La Galatea* durante el escrutinio de la librería del enloquecido Alonso Quijano. Su padre fue un médico, un cirujano menor, que acaso por lo numeroso de su prole —siete vástagos, de los cuales Miguel fue el cuarto— nunca pudo tener una posición económica boyante, o al

¹ Miguel de Cervantes. *Don Quijote de la Mancha*. I, 5. México, Real Academia Española, Asociación de Academias de la Lengua Española, 2005, p. 147. (Edición del IV Centenario).

menos sana; por el contrario, en 1551 don Rodrigo Cervantes pasó varios meses en prisión, además de padecer el embargo de sus bienes, pues fue incapaz de pagar sus deudas. Ninguno de sus hijos recibió una educación formal, aunque el futuro literato pudo asistir al Estudio de Villa, en Madrid, regentado por el gramático Juan López de Hoyos, quien publicó los primeros poemas de su "caro y amado discípulo" Miguel. En su calidad de hombre de letras, Cervantes aspiró a ser un poeta, un forjador de versos, algo que ciertamente no consiguió, pues sus logros en la poesía son muy modestos; sin embargo, en su faceta de novelista logró ser un poeta en el sentido que le daban los griegos a la palabra: el artífice por antonomasia, el creador de belleza.

Hombre de su tiempo, Miguel de Cervantes se distinguió en el manejo de la espada. Sin embargo, su destreza, lejos de ganarle fama y honores como a tantos otros, le acarreó problemas y sinsabores. Por principio de cuentas, en 1569 hirió en un lance a un tal Antonio de Segura, lo que provocó que se le condenara por rebelión a que "con vergüenza pública le fuese cortada la mano derecha y a destierro por diez años".² Cervantes debió huir a Italia, pero la sentencia en contra suya de alguna forma se cumplió, pues pasó once años fuera de su patria, más de cinco de ellos en prisión, y si bien no sufrió la amputación de su mano derecha, sí perdió la movilidad de su mano izquierda. Extraños caminos tiene la vida para llevarnos a nuestro destino. Cervantes pasó una temporada al servicio del futuro cardenal Julio Acquaviva, después se enroló en el ejército y a bordo de la galera "La Marquesa" participó en la batalla de Lepanto, a decir suyo "la más memorable y alta ocasión que vieran los siglos", el 7 de octubre de 1571. Ese día el soldado Cervantes se encontraba enfermo y con fiebre, por lo que su capitán lo eximió de entrar en combate. Cervantes prefirió "morir peleando por Dios y por su rey

² Citado por Dámaso Alonso en su biografía de "Cervantes Saavedra, Miguel de" en *Diccionario Bompiani de autores literarios*, t. 1, Barcelona, Planeta-Agostini, 1987, p. 517.

que no meterse so cubierta",³ como le aconsejaban. Se batió brava, gallardamente, al grado que su valentía le granjeó cuatro ducados más de su paga, amén del reconocimiento de sus jefes y compañeros de armas, aunque "salió herido de un arcabuzazo en el pecho, y de una mano, de que salió estropeado",⁴ según el testimonio de otro combatiente. Tras permanecer algún tiempo más en Italia, país al que siempre se refirió con entusiasmo, Cervantes viajó de regreso a España en septiembre de 1575. Llevaba consigo sendas cartas de recomendación firmadas por don Juan de Austria y el Duque de Sessa, ni más ni menos que las principales autoridades españolas en Italia. Con tales avales, el héroe de Lepanto esperaba obtener una buena colocación en la burocracia española. Sin embargo, la galera en la que viajaba fue atacada el 26 de septiembre por una flotilla turca. Miguel de Cervantes fue capturado junto con su hermano Rodrigo y llevado en calidad de esclavo a Argel, donde estuvo prisionero cinco años y medio. Las cartas de recomendación, lejos de ayudarlo, hicieron que sus captores lo creyeran un noble, lo que complicó aún más su crítica situación. En Argel, primeramente fue adjudicado como esclavo al renegado griego Dalí Mamí, quien lo "vendió" al veneciano Hazán Bajá, bey (gobernador) de Argel.

Hazán Bajá fue el segundo marido de Zahara, la hija de Hajji Murad, que se convertirá en Zoraida de la "Historia del cautivo", intercalada en la primera parte de *El Quijote*, y que no pasa de ser la narración de los amores entre una mora y un cristiano. En contraste, en la vida real tuvo lugar una extraña relación entre Hazán Bajá y Miguel de Cervantes, digna de ser mencionada. Hazán "compró" a Cervantes con la idea de que adquiriría un prisionero muy importante, debido a las cartas que Miguel tenía en su poder. Entonces fijó un precio muy alto por su rescate, 500 ducados, que la familia del cautivo no podía pagar. Su madre logró reunir 300 ducados.

³ Citado por Martín de Riquer en la Introducción a Miguel de Cervantes, *Don Quijote de la Mancha*, t. 1. Barcelona, RBA Editores, 1994, p. 9.

⁴ *Loc. cit.*

dos, pero Miguel prefirió que saliera en libertad su hermano Rodrigo. El futuro novelista, por su parte, nunca cesó en sus intentos por escapar del baño, la prisión donde los turcos encerraban a los cristianos. Organizó y planeó cuatro fugas, pero todas ellas fracasaron, unas por delaciones y otras por traiciones. Cervantes siempre se presentó ante Hazán Bajá como el único responsable, inspirador y promotor de las fallidas fugas. Era tal la entereza del cristiano que el turco en más de una ocasión le perdonó la vida; unos autores dicen que fueron dos, otros que tres. Lo cierto es que cierta vez Hazán Bajá, quien gozaba de una merecida fama de cruel, ordenó que se diera a Cervantes dos mil palos de castigo, pero la sentencia no se cumplió pues muchos, tanto moros como españoles, intercedieron por el cristiano. Entonces Hazán ordenó que se encadenara a Cervantes y se redoblara la vigilancia sobre su persona. Muchos años después escribiría que le pusieron la "cadena más por señal de rescate que por guardarme con ella". Lo cierto es que aún así pudo organizar e intentar un cuarto escape, que fracasó porque un tal Juan Blanco de la Paz, monje dominico que había abandonado los hábitos, delató a los cristianos. En recompensa, Hazán Bajá dio al traidor un escudo y una jarra de manteca, en tanto que mantuvo el monto del rescate en 500 escudos, ni uno menos. Miguel de Cervantes era un preso muy problemático y lo aconsejable hubiera sido doblegarlo a punta de palos o deshacerse de él a la primera oportunidad, aunque fuese con alguna merma. Sin embargo, Hazán Bajá retuvo a Miguel de Cervantes bajo su control, respetando su calidad humana y su precio. La cifra pudo al fin ser reunida por padres trinitarios mediante una recolecta entre mercaderes cristianos, el 19 de septiembre de 1580, cuando Hazán Bajá se disponía a regresar a Constantinopla, una vez concluido su mandato en Argel. Cervantes, "con dos cadenas y un grillo", se encontraba en una de las galeras que transportaba las pertenencias de este moro, de este infiel, que respetó a ese otro infiel, el cristiano Cervantes y mal que bien, reconoció su enorme valor humano, algo que sus compatriotas no hicieron.

De regreso a España, Miguel de Cervantes Saavedra se estableció en Madrid y alternó con gente de letras. Cultivó con poca fortuna la poesía, el teatro de comedia (algunas de sus comedias se representaron entre 1583 y 1587) y la novela, tanto la pastoril, *La Galatea* (1585) como la de inspiración italiana, según el modelo de Boccaccio en *El Decameron*. Distaba mucho de ser un don en el mundo de las letras y no pocos de sus colegas, como Lope de Vega, lo veían por encima del hombro. Se trasladó a Sevilla con un modesto empleo en Hacienda. A pesar de vivir con estrecheces, la suerte pareció sonreírle, pues el 5 de septiembre de 1592 firmó un contrato con el empresario teatral Rodrigo Osomaba en el que se comprometía a escribir seis comedias. Se trataba de una buena oportunidad, que se frustró justo dos semanas después, pues el 19 de septiembre el corregidor de la vecina ciudad de Ecija encarceló a Cervantes por haber requisado trigo sin tener el respectivo derecho. Y no fue la única vez que dio con sus huesos en una prisión andaluza, pues en 1597 cayó preso en Sevilla por unas deudas que le cargaron a consecuencia de la quiebra del banco donde había depositado sus recaudaciones. Las indagaciones posteriores (y los estudios llevados a cabo por varios cervantistas) demostraron la honradez de Cervantes y el celo con el cual sirvió a la Hacienda española, pero mientras tales asuntos se aclararon el escritor pasó tres meses en la cárcel. Biógrafos de Cervantes y estudiosos de su obra coinciden en señalar que muy posiblemente durante esas reclusiones concibió la idea del *Quijote*.

Cuando inició la escritura de *El ingenioso hidalgo...*, Miguel de Cervantes abordó un género que en esos tiempos gozaba de enorme popularidad, aunque carecía de prestigio literario. Los libros de caballerías eran leídos —o escuchados, pues el porcentaje de analfabetos, como el mismísimo Sancho Panza, era muy alto; no en vano el capítulo 56 de la segunda parte se titula “Que trata de lo que verá el que lo leyere o lo oirá el que lo escuchare leer”— por todo mundo, o al menos por la mayor parte de los nueve y medio millones de seres humanos que por aquel entonces vivían en la península ibérica. En España, entre 1530 y 1570, se habían hecho más de 120

ediciones de estos libros⁵ —que según se lee en *El Quijote* causan “un gran impacto racional”—; cada edición tenía un tiraje promedio de mil ejemplares. El género había nacido en tierras galas en el siglo XII, como una “degeneración” (léase fantástica exageración) de algunas historias provenientes de las épicas germanas, sajonas y escandinavas. Aunque la literatura española es eminentemente realista y rara vez da cabida a lo fantástico, contaba con un preclaro ejemplo del género caballeresco: el *Libro de Amadís de Gaula*, compuesto a finales del siglo XV; y desde sus primeras andanzas Don Quijote se considera un seguidor de las hazañas de Amadís, “flor y espejo de los andantes caballeros”,⁶ cuyas aventuras Miguel de Cervantes —quien según sus propias palabras era “aficionado a leer, aunque sean los papeles rotos de las calles”—⁷ conocía al dedillo.

Nada raro sería que el ignorado y olvidado héroe de Lepanto, el empleado menor del fisco español se hubiera visto obligado a tomar la pluma para aumentar sus flacos ingresos monetarios. Aunque el número de ediciones de libros de caballería había descendido a tan sólo 40 en el período 1571-1600, el éxito del *Guzmán de Alfarache*, escrito por Mateo Alemán y publicado en Madrid en 1599, animó a editores y libreros. El *Guzmán de Alfarache* ofrecía al público una amena mezcla de enseñanzas morales condimentadas con lances picarescos, quienes se acercaban a él obtenían solaz e instrucción. La fórmula del éxito editorial en la España de la Contrarreforma, la España defensora de la fe católica, consistía en ilustrar y entretener, o en entretener sin dejar de ilustrar, algo en lo que Miguel de Cervantes resulta insuperable, meditante el manejo del diálogo entre Don Quijote y Sancho, sabia mezcla de confrontación y encuentro, amén de fiel reflejo de la bipolaridad española.

El primer —y acaso mayor— problema que debió resolver Cervantes fue la creación de su héroe, de la figura que animaría su narra-

⁵ Los datos son de Martín Riquer, *op. cit.*, pp. 30-31, en los cuales cita a Madurell Marimón y J. Rubio y Balager.

⁶ Miguel de Cervantes, *op. cit.*, II, 44, p. 881.

⁷ *Ibid.*, I, 9, pp. 167-168.

ción, aquélla en torno de la cual se desarrollaría toda la obra. Los caballeros andantes eran capaces de realizar las mayores hazañas, para ellos no existía la palabra imposible, parecería que procedieran de especie superior, de un mundo inaccesible a nosotros los mortales, al que sólo podríamos acceder elevando al máximo nuestros pensamientos, por obra y gracia de la inspiración que nos confieren sus hazañas. Algo semejante ocurre con *El ingenioso hidalgo*... quien, como es bien sabido, pierde la razón de tanto leer libros de caballerías; pero Alonso Quijano no fue el primero. Antes de él hubo un tal Bartolo, de oficio labrador, para más señas recién casado, que aparece en el entremés "Famoso de los romances",⁸ que algunos atribuyen a Cervantes. ¿Qué hace especial a Bartolo?, lo siguiente:

De leer el Romancero
ha dado en ser caballero,
por imitar los romances,
y entiendo que, a pocos lances,
será un loco verdadero.⁹

Bartolo pregoná que irá a Inglaterra a combatir a Drake. En realidad, aparece en escena con armas de papel y montado en un caballo de caña. Como todo caballero que se respeta, se confiesa enamorado. Su Dulcinea es Daraja, una mora que aparece en los Romances de Tarfe. Bartolo ataca a Simocho, pero éste le quita su lanza y le da tal paliza que deja al supuesto caballero en el suelo, como sucede en la mayor parte de las aventuras que emprende Alonso Quijano. En otra escena Bartolo dice que el marqués de Mantua, caballero del ciclo carolingio del Romancero, es su tío carnal y que sus progenitores son el rey de Dacia y la reina Armelina. Posteriormente se cree "alcaide natural de Baza". Los otros personajes se libran de él llevándolo a

⁸ Entremés "Famoso de los Romances" en Miguel de Cervantes. *Entremeses*. Introd. de Arturo Souto. México, Porrúa, 1968. pp.155-169. (Sepan Cuantos, 98). La pieza fue tomada de la tercera parte de las *Comedias de Lope de Vega y otros*. Barcelona, 1912.

⁹ *Ibid.*, p. 157.

acostar, ya "que el loco durmiendo amansa".¹⁰ Como se puede ver, este Bartolo es un claro antecedente de Alonso Quijano y el nombre Simocho es harto parecido a Sancho. Si el comediógrafo Miguel de Cervantes Saavedra no es su autor, sí conocía el entremés y por supuesto al personaje. En el capítulo V de la primera parte, Don Quijote se cree un héroe del romancero e, igualito que Bartolo, declara que el noble marqués de Mantua es "mi tío y señor camal".¹¹

El hecho de que en *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* la acción caballeresca esté entreverada por algunas novelas de otra índole obedece a dos razones. La primera es que la preceptiva renacentista exigía que para considerar a una obra plena y totalmente realizada, ésta debería ofrecer muestras, ejemplos de varios géneros literarios. Así, en el Quijote hay una narración pastoril, el cuento de la pastora Marcela, una novela de inspiración italiana, "El curioso impertinente", una novela que mezcla el amor con la aventura en un ambiente morisco, "La historia del cautivo", y el cuento de la famosa infanta Micomicova. La otra razón tiene una causa muy prosaica: el dinero, o sea el cobro del autor por el privilegio de impresión de su obra, lo que para nosotros es los derechos de autor. La suma de dinero que un escritor recibía por la edición de su obra estaba determinada por la cantidad de folios impresos que componían un volumen. Las autoridades fijaban el precio de un libro con base en el número de folios que tenía. A mayor cantidad de folios impresos, mayores ingresos para el escritor. Y una manera de aumentar el número de folios impresos consiste en extender la historia, alargarla con nuevos episodios, aunque tengan muy poca relación con la historia principal, o de plano carezcan de ella, y estén "como separadas de la historia", según advierte el mismísimo Cide Hamete en los casos del *Curio-*

¹⁰ *Ibid.*, p. 169.

¹¹ Miguel de Cervantes. *Don Quijote de la Mancha*, Real Academia Española..., p. 56.

¹² De hecho, el bachiller Carrasco critica la inclusión gratuita de "El curioso impertinente" en el capítulo 3 de la segunda parte. Véase *Ibid.* pp. 566-74. Y lo mismo hace el propio Cide Hamete en el capítulo 44, p. 877.

Cervantes, cuyas finanzas nunca fueron boyantes y a quien sus regalías por *El Quijote* apenas le sirvieron para salir de deudas, pues la mayor parte de los ingresos generados por las ventas de *El ingenioso hidalgo* fueron a dar a los bolsillos del librero Francisco de Robles, a quien Cervantes –siguiendo el procedimiento común de la época– vendió el privilegio de impresión, venta por la que los autores recibían “tres maravedís”,¹³ muy poco dinero. En consecuencia, Robles poseía los derechos de la obra y costeó la edición. Las historias “entremetidas” en la primera parte de *El Quijote* ocupan docena y media de capítulos, casi la cuarta parte de la extensión total de la obra. Se ha probado que “La historia del cautivo” fue escrita la friolera de 16 años antes de que el caballero de la triste figura empezara su deambular y algunas incongruencias en los epígrafes (títulos) de ciertos capítulos, como el X, obligan a pensar que a última hora Cervantes añadió algunos episodios, o cambió otros de lugar, como el de los cabreros. En contraste, no se narran dos sucesos importantes: el robo del rucio de Sancho Panza y su posterior recuperación, olvidos que se remedian en la segunda edición.

Cervantes obtuvo el privilegio, permiso, de impresión para su obra *El ingenioso hidalgo de la Mancha* a finales de septiembre de 1604. Casi de inmediato la imprenta madrileña de Juan de la Cuesta se puso a trabajar, con el objetivo de tener ejemplares antes de las navidades, como eran los deseos del librero Francisco de Robles, el editor. No fue posible cumplir con la meta, pues el volumen constó de 604 páginas y quedó totalmente impreso hasta enero de 1605; sin embargo, la tasa se emitió el 20 de diciembre de 1604 en la ciudad de Valladolid. En ella cada pliego es tasado a tres maravedís y medio, a continuación se declara que el libro tiene ochenta y tres pliegos, y se fija su precio de venta en doscientos y noventa maravedís y medio, algo así como ocho y medio reales. En esos tiempos, ¿qué se podía comprar en Castilla con ocho y medio reales? Diez kilos y

¹³ Así le dice un autor que ha costado la impresión de su propio libro a *El Quijote*, cuando éste visita una imprenta en Barcelona. *Ibid.* II, 62, pp. 1033.

y medio, algo así como ocho y medio reales. En esos tiempos, ¿qué se podía comprar en Castilla con ocho y medio reales? Diez kilos y medio de carne de carnero, o cinco capones (pollos), o poco más de cuatro docenas de huevos. Barato o caro, lo cierto es que *El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha* (como puede observarse, en la imprenta se modificó el título que aparecía en el privilegio) se convirtió en un éxito de librería, un best seller lo llamaríamos hoy, desde su aparición y en menos de un mes agotó los mil 200 "cuerpos" (ejemplares) de su primer tiraje; por cierto, una buena parte de esa edición príncipe fue despachada a Las Indias. A partir de su nacimiento se mostró el destino itinerante del libro, que con el paso del tiempo simple y sencillamente ha sido llamado *Don Quijote de la Mancha*, lo de "ingenioso hidalgo" por archiconocido se calla. En ese venturoso enero de 1605 Francisco de Robles ordenó la segunda edición, que apareció a mediados de ese año con la misma fortuna. La vida al fin le sonreía a Miguel de Cervantes Saavedra, en tanto que su personaje ilustraba y literalmente hacía morir de risa a sus miles y millones de lectores por los siglos de los siglos. Cuando en 1615 apareció la segunda parte, en el capítulo diez y seis el mismísimo Don Quijote menciona lo siguiente:

Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares, si el cielo no lo remedia.¹⁴

Y a Dios gracias, ése no ha sido un tuerto que Don Quijote deba desfacer.

¹⁴ *Ibid.*, pp. 662-663.